



Charles Dickens

El Manuscrito de
un Loco

E LEJANDRIA



Charles Dickens

El Manuscrito de
un Loco

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL MANUSCRITO DE UN LOCO

CHARLES DICKENS

PUBLICADO: 1836

FUENTE: WIKISOURCE

EDICIÓN: CHAPMAN AND HALL, ANDREW LANG, 1897

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL MANUSCRITO DE UN LOCO

CHARLES DICKENS

¡Sí! ¡De un loco! Cómo habría golpeado esa palabra en mi corazón, hace muchos años. ¡Cómo habría despertado el terror que solía apoderarse de mí a veces; enviando la sangre silbando y hormigueando por mis venas, hasta que el frío sudor del miedo se formaba en grandes gotas sobre mi piel, y mis rodillas se golpeaban de miedo! Ahora me gusta, sin embargo. Es un buen nombre. Muéstrame al monarca cuyo ceño fruncido haya sido temido como la mirada de un loco, cuya cuerda y hacha hayan sido la mitad de seguras que el agarre de un loco. ¡Ja, ja! ¡Es grandioso ser loco! Ser espiado como un león salvaje a través de las barras de hierro, rechinar los dientes y aullar, a través de la larga noche tranquila, al alegre sonido de una pesada cadena, y revolcarse y retorcerse entre la paja, transportado por tan magnífica música. ¡Viva el manicomio! Oh, ¡es un lugar excepcional!

Recuerdo días en los que temía volverse loco; cuando solía despertar de mi sueño, caer de rodillas y rezar para ser librado de la maldición de mi raza; cuando huía de la vista de la alegría o la felicidad, para esconderme en algún lugar solitario y pasar las tediosas horas observando el progreso de la fiebre que consumiría mi cerebro. Sabía que la locura estaba mezclada con mi misma sangre, y la médula de mis huesos; que una generación había

desaparecido sin que la pestilencia apareciera entre ellos, y que yo era el primero en quien reviviría. Sabía que tenía que ser así, que siempre había sido así y siempre sería: y cuando me acurrucaba en algún rincón oscuro de una sala llena de gente, y veía a los hombres susurrar, señalar y dirigir sus ojos hacia mí, sabía que estaban hablando entre ellos del loco condenado; y yo me alejaba de nuevo para languidecer en soledad.

Lo hice durante años; largos, larguísimos años fueron esos. Las noches aquí son a veces largas, muy largas; pero no son nada comparadas con las noches inquietas y los sueños terribles que tuve en aquel tiempo. Me da frío recordarlos. Grandes formas oscuras con rostros astutos y burlones se agazapaban en los rincones de la habitación y se inclinaban sobre mi cama por la noche, tentándome a la locura. Me susurraban que el suelo de la vieja casa en la que murió el padre de mi padre estaba manchado con su propia sangre, derramada por su propia mano en furiosa locura. Me clavaba los dedos en los oídos, pero gritaban dentro de mi cabeza hasta que la habitación resonaba con ello, que en una generación antes de él la locura dormitaba, pero que su abuelo había vivido años con las manos encadenadas al suelo, para evitar que se desgarrara a sí mismo. Sabía que decían la verdad, lo sabía bien. Lo había descubierto años antes, aunque habían intentado ocultármelo. ¡Ja! ¡ja! Era demasiado astuto para ellos, loco como me consideraban.

Finalmente, me llegó, y me pregunté cómo podría haberlo temido alguna vez. Podía salir al mundo ahora, y reír y gritar con los mejores entre ellos. Sabía que estaba loco, pero ellos ni siquiera lo sospechaban. ¡Cómo me abrazaba a mí mismo con deleite, cuando pensaba en la gran trampa que les estaba jugando después de todos sus señalamientos y burlas, cuando no estaba loco, sino solo temiendo que algún día pudiera estarlo! ¡Y cómo me reía de alegría, cuando estaba solo y pensaba lo bien que guardaba mi secreto, y cómo mis amables amigos se habrían alejado de mí rápidamente si hubieran sabido la verdad! Podría haber gritado de éxtasis cuando cenaba solo con algún buen camarada bullicioso, al pensar cómo se habría puesto pálido y cuán rápido habría corrido si hubiera sabido

que el querido amigo que se sentaba cerca de él, afilando un cuchillo brillante y reluciente, era un loco con todo el poder y casi la voluntad de clavárselo en el corazón. ¡Oh, era una vida alegre!

Las riquezas se volvieron más, la riqueza fluía hacia mí, y yo me deleitaba en placeres aumentados mil veces por la conciencia de mi secreto bien guardado. Heredé una finca. La ley —la ley de ojos de águila— había sido engañada, y había entregado miles en disputa a manos de un loco. ¿Dónde estaba el ingenio de los hombres lúcidos y perspicaces? ¿Dónde la destreza de los abogados, ansiosos por descubrir una falla? La astucia del loco los había superado a todos.

Tenía dinero. ¡Cómo me cortejaban! Lo gastaba profusamente. ¡Cómo me alababan! ¡Cómo esos tres hermanos orgullosos y dominantes se humillaban ante mí! El viejo padre de cabellos blancos, también —tanta deferencia— tanto respeto— tanta amistad devota— ¡me adoraba! El viejo tenía una hija, y los jóvenes una hermana; y los cinco eran pobres. Yo era rico; y cuando me casé con la chica, vi una sonrisa de triunfo jugar en los rostros de sus parientes necesitados, mientras pensaban en su estrategia bien planificada, y en su gran premio. Era mi turno de sonreír. ¡De sonreír! De reír abiertamente, y arrancarme el cabello, y rodar por el suelo con gritos de alegría. Poco pensaban que la habían casado con un loco.

Espera. Si lo hubieran sabido, ¿la habrían salvado? La felicidad de una hermana contra el oro de su esposo. La pluma más ligera que soplo al aire, contra la cadena festiva que adorna mi cuerpo.

En una cosa fui engañado con toda mi astucia. Si no hubiera estado loco —pues aunque nosotros los locos somos bastante agudos, a veces nos confundimos— debería haber sabido que la chica habría preferido ser colocada, rígida y fría en un sombrío ataúd de plomo, antes que ser llevada como una novia envidiada a mi casa rica y resplandeciente. Debería haber sabido que su corazón estaba con el joven de ojos oscuros cuyo nombre una vez escuché susurrar en su sueño perturbado; y que había sido sacrificada a mí, para

aliviar la pobreza del viejo de cabellos blancos y los hermanos orgullosos.

No recuerdo formas o rostros ahora, pero sé que la chica era hermosa. Sé que lo era; porque en las brillantes noches de luna, cuando me levanto de mi sueño y todo está tranquilo a mi alrededor, veo, quieta e inmóvil en un rincón de esta celda, una figura delgada y desgastada con largo cabello negro, que cayendo sobre su espalda, se mueve con un viento no terrenal, y ojos que fijan su mirada en mí y nunca parpadean ni se cierran. ¡Silencio! La sangre se enfría en mi corazón mientras lo escribo —esa forma es la suya; el rostro está muy pálido, y los ojos son brillantes como el vidrio; pero los conozco bien. Esa figura nunca se mueve; nunca frunce el ceño ni hace muecas como otros que llenan este lugar a veces; pero es mucho más terrible para mí, incluso que los espíritus que me tentaron hace muchos años —viene fresca de la tumba; y es tan parecida a la muerte.

Durante casi un año vi ese rostro volverse más pálido; durante casi un año vi las lágrimas deslizarse por las mejillas apenadas, y nunca supe la causa. Al final lo descubrí. No pudieron ocultármelo por mucho tiempo. Nunca le había gustado; nunca pensé que lo hiciera: despreciaba mi riqueza y odiaba el esplendor en el que vivía; no había esperado eso. Amaba a otro. Esto nunca se me había ocurrido. Extrañas sensaciones me invadieron y pensamientos, forzados sobre mí por algún poder secreto, giraban y giraban en mi cerebro. No la odiaba, aunque odiaba al joven por quien todavía lloraba. Sentía lástima —sí, lástima— por la miserable vida a la que sus fríos y egoístas parientes la habían condenado. Sabía que no viviría mucho, pero el pensamiento de que antes de su muerte podría dar a luz a algún ser desafortunado, destinado a transmitir la locura a su descendencia, me decidió. Resolví matarla.

Durante muchas semanas pensé en veneno, luego en ahogamiento y luego en fuego. Un gran espectáculo la gran casa en llamas, y la esposa del loco convirtiéndose en cenizas. Piensa en la broma de una gran recompensa, también, y de algún hombre cuerdo

balanceándose al viento por un hecho que nunca hizo, itodo por la astucia de un loco! Pensé a menudo en esto, pero finalmente lo dejé. ¡Oh, el placer de afilar la navaja día tras día, sentir el filo agudo y pensar en el tajo que un solo golpe de su delgado y brillante filo haría!

Finalmente, los viejos espíritus que habían estado tan a menudo conmigo antes susurraron en mi oído que había llegado el momento y empujaron la navaja abierta en mi mano. La agarré firmemente, me levanté suavemente de la cama y me incliné sobre mi esposa dormida. Su rostro estaba enterrado en sus manos. Las retiré suavemente, y cayeron lánguidamente sobre su pecho. Había estado llorando; porque las huellas de las lágrimas aún estaban húmedas en su mejilla. Su rostro estaba tranquilo y plácido; y mientras lo miraba, una sonrisa tranquila iluminó sus pálidas facciones. Coloqué mi mano suavemente sobre su hombro. Ella se sobresaltó—era solo un sueño pasajero. Me incliné hacia adelante de nuevo. Ella gritó y despertó.

Un movimiento de mi mano, y ella nunca más habría emitido un grito o sonido. Pero me sobresalté y retrocedí. Sus ojos estaban fijos en los míos. No sé cómo fue, pero me intimidaron y asustaron; y me acobardé bajo ellos. Ella se levantó de la cama, todavía mirándome fijamente y de forma constante. Temblé; la navaja estaba en mi mano, pero no podía moverme. Se dirigió hacia la puerta. Al acercarse, se giró y apartó los ojos de mi rostro. El hechizo se rompió. Avancé de un salto y la agarré del brazo. Emitiendo grito tras grito, se desplomó en el suelo.

Ahora podría haberla matado sin resistencia; pero la casa estaba alarmada. Oí el paso de pasos en las escaleras. Volví a colocar la navaja en su cajón habitual, desbloqueé la puerta y llamé en voz alta pidiendo ayuda.

Vinieron, la levantaron y la colocaron en la cama. Yacía desprovista de animación durante horas; y cuando la vida, la mirada y el habla regresaron, sus sentidos la habían abandonado y deliraba de manera salvaje y furiosa.

Llamaron a doctores, grandes hombres que llegaron a mi puerta en cómodos carruajes, con finos caballos y sirvientes vistosos. Estuvieron a su lado durante semanas. Tuvieron una gran reunión y consultaron juntos en voces bajas y solemnes en otra habitación. Uno, el más inteligente y más célebre entre ellos, me llevó a un lado y, pidiéndome que me preparara para lo peor, me dijo a mí, ¡a mí, el loco!, que mi esposa estaba loca. Estaba de pie justo a mi lado en una ventana abierta, mirándome a los ojos y con su mano sobre mi brazo. Con un esfuerzo, podría haberlo arrojado a la calle abajo. Habría sido un raro espectáculo haberlo hecho; pero mi secreto estaba en juego, y lo dejé ir. Unos días después, me dijeron que debía ponerla bajo algún tipo de restricción: debía proporcionarle un cuidador. ¡Yo! Salí a los campos abiertos donde nadie podía oírme, y me reí hasta que el aire resonó con mis gritos.

Murió al día siguiente. El anciano de cabello blanco la siguió a la tumba, y los hermanos orgullosos derramaron una lágrima sobre el cuerpo insensible de aquella cuyos sufrimientos habían contemplado en vida con músculos de hierro. Todo esto era alimento para mi risa secreta, y me reí detrás del pañuelo blanco que sostuve frente a mi rostro mientras volvíamos a casa, hasta que las lágrimas llegaron a mis ojos.

Pero aunque había logrado mi objetivo y la había matado, me sentía inquieto y perturbado, y sentía que antes de mucho mi secreto sería conocido. No podía ocultar la loca alegría que hervía dentro de mí y que me hacía, cuando estaba solo en casa, saltar y golpear mis manos juntas, y danzar en círculos, y rugir en voz alta. Cuando salía y veía a las multitudes ocupadas apresurándose por las calles; o iba al teatro, y oía la música y veía a la gente bailar, sentía tal regocijo, que podría haberme lanzado entre ellos, y despedazarlos miembro a miembro, y aullar en el transporte. Pero apretaba los dientes, golpeaba el suelo con mis pies, y clavaba mis afiladas uñas en mis manos. Lo mantenía reprimido; y nadie sabía aún que yo estaba loco.

Recuerdo —aunque es una de las últimas cosas que puedo recordar, pues ahora mezclo realidades con mis sueños, y teniendo tanto que hacer, y estando siempre apresurado aquí, no tengo tiempo para separar los dos, por alguna extraña confusión en la que se involucran— recuerdo cómo lo dejé salir al fin. ¡Ja! ¡ja! Creo ver sus rostros asustados ahora, y sentir la facilidad con la que los arrojé de mí, y golpeé con mi puño cerrado sus rostros blancos, y luego volé como el viento, y los dejé gritando y gritando lejos detrás. La fuerza de un gigante se apodera de mí cuando lo pienso. Ahí —mira cómo esta barra de hierro se dobla bajo mi furioso tirón. Podría romperla como un palito, solo que hay largos pasillos aquí con muchas puertas —no creo que pudiera encontrar mi camino a través de ellos; y aunque pudiera, sé que hay puertas de hierro abajo que mantienen cerradas y aseguradas. Saben qué loco tan astuto he sido, y están orgullosos de tenerme aquí, para mostrar.

Veamos; sí, había salido. Era tarde en la noche cuando llegué a casa y encontré al más orgulloso de los tres hermanos orgullosos esperándome —dijo que tenía un asunto urgente: lo recuerdo bien. Odiaba a ese hombre con todo el odio de un loco. Muchas y muchas veces mis dedos habían deseado desgarrarlo. Me dijeron que estaba allí. Subí corriendo las escaleras. Tenía algo que decirme. Despedí a los sirvientes. Era tarde, y estábamos solos juntos —por primera vez.

Al principio evité cuidadosamente mirarlo, pues sabía lo que él poco imaginaba —y me glorificaba en el conocimiento— que la luz de la locura brillaba en ellos como fuego. Nos sentamos en silencio durante unos minutos. Finalmente habló. Mi reciente disipación y comentarios extraños, hechos tan pronto después de la muerte de su hermana, eran un insulto a su memoria. Uniendo varios acontecimientos que al principio habían escapado de su observación, pensaba que no la había tratado bien. Quería saber si estaba en lo correcto al inferir que pretendía lanzar un reproche sobre su memoria y un desprecio hacia su familia. Debido al uniforme que llevaba, tenía derecho a exigir esta explicación.

¡Este hombre tenía una comisión en el ejército, una comisión comprada con mi dinero y la miseria de su hermana! ¡Este era el hombre que había estado al frente en la conspiración para atraparme y apoderarse de mi riqueza! Este era el hombre que había sido el principal instrumento para forzar a su hermana a casarse conmigo; sabiendo muy bien que su corazón estaba entregado a ese chico desmayado. ¡Debido a su uniforme! ¡El uniforme de su degradación! Volví mis ojos hacia él —no pude evitarlo— pero no dije ni una palabra.

Vi el cambio repentino que se produjo en él bajo mi mirada. Era un hombre audaz, pero el color desapareció de su rostro y retrocedió su silla. Yo arrastré la mía hacia él; y mientras me reía —estaba muy alegre entonces— vi que él temblaba. Sentí la locura creciendo dentro de mí. Él tenía miedo de mí.

—Eras muy cariñoso con tu hermana cuando estaba viva —dije—. Mucho.

Miró inquieto a su alrededor, y vi cómo su mano agarraba el respaldo de su silla; pero no dijo nada.

—Tú villano —dije—, te descubrí; descubrí tus diabólicos planes contra mí; sé que su corazón estaba puesto en alguien más antes de que la obligaras a casarse conmigo. Lo sé, lo sé.

Él saltó repentinamente de su silla, la blandió en alto y me ordenó que me apartara, pues me había asegurado de acercarme más a él todo el tiempo que hablaba.

Grité más que hablé, pues sentí pasiones tumultuosas corriendo por mis venas, y los viejos espíritus susurrándome y burlándose de mí para que le arrancara el corazón.

—¡Maldito seas! —dije, levantándome de un salto y abalanzándome sobre él—. La maté. Soy un loco. ¡Abajo contigo! ¡Sangre, sangre! ¡La tendré!

Desvié con un golpe la silla que él me lanzó en su terror y me enfrenté a él; y con un fuerte estruendo caímos rodando al suelo

juntos.

Fue una lucha intensa; porque él era un hombre alto y fuerte, luchando por su vida; y yo, un poderoso loco, sediento de destruirlo. Sabía que ninguna fuerza podía igualar la mía, y tenía razón. ¡Correcto de nuevo, aunque un loco! Sus esfuerzos se debilitaron. Me arrodillé sobre su pecho y sujeté firmemente su musculoso cuello con ambas manos. Su rostro se volvió púrpura; sus ojos salían de sus órbitas, y con la lengua protruida, parecía burlarse de mí. Apreté más fuerte.

La puerta se abrió de golpe con un fuerte ruido, y una multitud de personas irrumpió, gritando unas a otras que aseguraran al loco.

Mi secreto fue revelado; y mi única lucha ahora era por la libertad. Me puse de pie antes de que me tocaran, me lancé entre mis atacantes y me abrí camino con mi brazo fuerte, como si llevara un hacha en la mano, y los derribé frente a mí. Alcancé la puerta, salté por encima de los barandales y en un instante estaba en la calle.

Corrí directo y veloz, y nadie se atrevió a detenerme. Escuché el ruido de los pasos detrás, y redoblé mi velocidad. Se volvió más y más débil en la distancia, y al final se desvaneció por completo: pero yo seguí avanzando, a través de pantanos y arroyos, saltando cercas y muros, con un grito salvaje que fue recogido por los seres extraños que se agolpaban a mi alrededor por todos lados, y aumentaban el sonido, hasta que perforaba el aire. Fui llevado sobre los brazos de demonios que barrían el viento, derribando bancos y setos ante ellos, y me giraron una y otra vez con un susurro y una velocidad que me mareaban, hasta que finalmente me arrojaron con un golpe violento, y caí pesadamente sobre la tierra. Cuando desperté, me encontré aquí —aquí en esta alegre celda donde la luz del sol rara vez llega, y la luna se filtra en rayos que solo sirven para mostrar las oscuras sombras a mi alrededor, y esa figura silenciosa en su viejo rincón. Cuando estoy despierto, a veces puedo oír extraños gritos y llantos desde partes distantes de este gran lugar. Qué son, no lo sé; pero ni provienen de esa forma pálida, ni ella les presta atención. Pues desde las primeras sombras del crepúsculo

hasta la primera luz de la mañana, sigue inmóvil en el mismo lugar, escuchando la música de mi cadena de hierro, y observando mis travesuras en mi cama de paja.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

1. [El manuscrito de un loco - Charles Dickens](#)
2. [El manuscrito de un loco](#)
3. [Charles Dickens](#)